

Miradas cruzadas

La emergencia de los discursos sobre el aporte “afro” en Uruguay (1925–1945)¹

Alejandro Gortázar
Universidad de la República, FHCE, Uruguay

El objetivo de esta ponencia es estudiar la emergencia de diferentes discursos sobre el aporte “afro” en Uruguay, a través de una lectura comparada de dos puntos de vista diferentes: por un lado, la autopercepción de un grupo letrado negro minoritario que habla por la comunidad afro–uruguaya y que se reúne en torno al periódico *Nuestra raza*; por otro, la interpretación histórica de ese aporte que hacen los miembros de la cultura “blanca” hegemónica. Estas dos perspectivas están representadas en este trabajo por Lino Suárez Peña y su ensayo–novela *La raza negra en el Uruguay. Novela histórica de su paso por la esclavitud* (1933) e Ildefonso Pereda Valdés y su ensayo *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional* (1941) respectivamente. Mi hipótesis es que hay un desajuste entre ambas miradas, producto –entre otras cosas– de una historia compartida de borramientos y de prejuicios raciales que está todavía por acabar. Esta asimetría no representa una brecha insalvable entre ambos discursos, por el contrario estos comparten características comunes que serán analizadas en este trabajo.

El marco histórico

El período que va de 1925 a 1945 está marcado por dos momentos clave: el primero es el de los Centenarios de la Independencia de 1925 y 1930, es decir, un momento de renegociación del pasado histórico, de reajuste del presente y de proyección hacia el futuro en el que las diferentes miradas sobre ese pasado enfrentan sus verdades, disputando un lugar en el relato consensuado de la nación; el segundo, es el momento de reconocimiento oficial–

¹ Una versión de este texto, con algunas modificaciones, fue publicada en *Estudios sobre la cultura afro–rioplatense. Segunda entrega de las Actas del Seminario realizado en la FHCE los días 8,9 y 10 de octubre de 2003*. Ana Frega, Alex Borucki y Arturo Bentancur. Montevideo: Depto. de publicaciones de la FHCE, 2005. 64-71.

estatal del aporte “afro” a través de por lo menos dos acciones concretas: a) la Ley N° 9814 que autoriza rendir honores a los restos del soldado afro–uruguayo Manuel Antonio Ledesma (el supuesto Ansina), la ley 9822 que dispone su colocación en el Panteón Nacional y la declaración del día 18 de mayo como feriado para la realización de un homenaje (ambas del año 1939). Este proceso “culmina” con la inauguración –en 1943– del monumento a Manuel Antonio Ledesma con el que se pretende homenajear a toda la comunidad negra; b) el apoyo económico, hecho por decreto del presidente Baldomir, para la publicación del ensayo *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional* (1941) de Ildefonso Pereda Valdés.

En este corrimiento de la cultura hegemónica confluyen tres factores que son centrales a la hora de evaluar el período:

1. La existencia de un discurso letrado de afirmación y construcción de una identidad propia que venía desarrollando la comunidad de afro–descendientes desde finales del siglo XIX. Se trata de un discurso estético–político que circuló fundamentalmente a través de la prensa escrita.
2. La introducción del negrismo por parte de la vanguardia histórica en la década del veinte (Ildefonso Pereda Valdés), que junto a otros discursos “nativistas” intentan solucionar el conflicto entre la modernización estética que proviene de Europa y Estados Unidos y la conservación de una cultura nacional/popular
3. La democratización del espacio político que inició el batllismo, y que el terrismo no suprimió del todo, que dio lugar a una participación de nuevos sujetos políticos (la mujer, el obrero, o la propia comunidad afro–uruguaya).

En este marco analizaremos los discursos de Lino Suárez Peña e Ildefonso Pereda Valdés.

El discurso propio

Durante el período colonial y hasta bien entrado el siglo XIX, los africanos y sus descendientes fueron organizados, siempre bajo la mirada vigilante de la ciudad letrada, a través de diferentes instituciones: la Iglesia (Cofradías), el Ejército (Batallones de Pardos y Morenos) o la Policía (Salas de Nación). A fines del siglo estas condiciones se vieron modificadas por las nuevas reglas que impusieron el mundo del trabajo y el desafío del ejercicio de la ciudadanía. La emergencia de los semanarios negros *La Conservación* (1872) y *El Progresista* (1873) y la aparición de las primeras organizaciones autónomas de afro-uruguayos (Sociedades y Clubes) a fines del siglo XIX no pueden ser analizadas como fenómenos aislados.

Por otro lado, el proceso de ampliación de la ciudad letrada a fines del siglo XIX no fue nada pacífico para el periodismo de los afro-montevideanos. La comunidad letrada, mayoritariamente blanca, no reaccionó positivamente ante la emergencia y la continuidad de estas publicaciones e incluso consideró exageradas las denuncias de discriminación.

La resistencia a los semanarios de los afro-uruguayos en su ingreso a la ciudad letrada tuvo como correlato la construcción de un “nosotros, la sociedad de color” que estaba restringido a los letrados afrodescendientes. Esta nueva auto percepción de los afro-uruguayos representa un quiebre importante con el pasado esclavista reciente, debido a la exclusión de la palabra escrita pública (concretamente el periódico).

En la primera editorial de *La Conservación* (Nº 1, 4 de agosto de 1872), firmada por Andrés Seco, el poder de la palabra escrita, y su utilidad en la batalla por la igualdad frente a los “hombres blancos”, ilustra esta nueva situación:

Y hoy que nos es dado empuñar en nuestras manos la pluma del periodista, vamos á pintar aunque á ligeras pinceladas nuestra situación como sociales. [...]

Hagámosle comprender á esos hombres, que aún hoy nos miran en menoscabo que somos tan iguales á ellos, que aunque ostenta nuestra faz un

color oscuro, tenemos un corazón (sic) que late como el mejor, y abrigamos una misma conciencia.

Que se concluyeron aquellos tiempos que tenían (sic) á nuestros padres sumisos a sus mandatos, que con una palabra los intimidaban.

Que concluyeron aquellos tiempos de barbarie en que cualquiera dándose los aires de «mandón» (sic) solo manejaban el látigo para estos infelices.

Hagámosle ver, que hoy no somos los hombres de antes (1-2).

Es significativo que esta primera editorial se titule “Nuestras palabras”, y que su autor asuma la tarea de representar (“pintar”) a la comunidad afro-uruguaya con una escritura propia. Se trata de la ruptura con una tradición letrada más “prestigiosa”, que abarca tanto a letrados como Acuña de Figueroa, que en su poema “Canto patriótico de los negros” parodia la voz de los esclavos “malhablados”, como a los defensores de esclavos, en el ámbito jurídico, que redactaban los pedidos de libertad sobre la ficción de un yo esclavo que se dirige al Juez. A partir de estos dos ejemplos, que no son los únicos, el gesto de tomar la palabra negada o robada, de “empuñar en nuestras manos la pluma de periodista”, para decir las palabras propias es por demás significativo.

La legitimación del discurso propio estuvo signada por la utilización de los valores liberales para criticar fundamentalmente el concepto de igualdad, pero también por la utilización del discurso de los “antepasados” propio de la prédica nacionalista. Una de las pocas editoriales firmadas por Timoteo Olivera, “Mi tema”, utiliza esta estrategia:

Comprendo lo difícil que es la misión que me propongo desempeñar [sustituir a Andrés Seco en la labor editorial], pero, el recuerdo de **nuestros abuelos** bárbaramente sacrificados, por haber carecido de las luces suficientes, para poder hacer oír su voz y protestar contra sus opresores, me darán el valor suficiente.

[...]

Nuestros abuelos desde su tumba están clamando; no venganza, porque en sus nobles corazones no cabían sentimientos ruines; pero si justicia, porque la justicia es el don sagrado que nos ha legado el mártir del gólgota (p. 1, col. 1)

La tarea del nuevo redactor de *La Conservación* se legitima tomando la voz de los esclavos, con una generalización de su pasividad absoluta frente al amo. Lo interesante de esta intervención de Olivera es la relación de continuidad con el pasado esclavo y la incorporación de los antepasados esclavos a un “nosotros” en el presente de enunciación. Un pasado no muy lejano, apenas tres décadas después de la abolición de la esclavitud.

Este discurso también sirvió de legitimación para los letrados de ambos semanarios, por ejemplo: “Nuestros deberes son, hacer lo que no pudieron nuestros padres” (*El Progresista*, N° 2, p. 1, c.1), que apostaron a incluir dentro de esa comunidad nacional imaginada en el papel, el recuerdo perturbador de la esclavitud y sus horrores como crítica a los blancos de la actualidad que entorpecen su entrada a la ciudadanía. Andrés Seco, en el último número de *La Conservación* planteaba, parafraseando una cita de E. de Girardin citada al comienzo del mismo, que “El que estudia el p[a]sado lleva mucho conseguido para entrar en el porvenir” (p. 1, col. 2). El estudio del pasado no se convirtió en un programa para el equipo letrado de fines del siglo XIX, la utilización del pasado y el recuerdo de ese pasado, fue otra de las formas de legitimar políticamente la construcción de un “nosotros” diferenciado en la comunidad nacional imaginada. La aspiración, sin embargo, siguió preocupando a nuevas minorías letradas de afro–uruguayos durante todo el siglo XX.

Así surgió el proyecto de la revista *Nuestra Raza*, fundado en 1917 en San Carlos, que duró un año en su primera época y tuvo una segunda época (montevideana) que va de 1933 a 1950. Como en 1872 y 1873, el núcleo duro de la empresa estaba compuesto por un grupo reducido: Pilar Ventura Barrios, Elemo Cabral, Lino Suárez Peña e Isabelino José Gares. Sin embargo, en comparación con los periodistas de los setenta, el periódico tuvo una continuidad mayor, lo que sin duda permitió formar un público más estable. Este grupo de editores, también como en el siglo XIX, dio un paso más en la historia política de la comunidad afro–uruguaya al crear el Partido Autónomo Negro, que según Cordones–Cook no prosperó entre

la propia comunidad (655) y se disolvió rápidamente. La apuesta en el campo político durante el siglo XX era aún mayor.

De este grupo Lino Suárez Peña es uno de los que tomarán aquella cláusula de Girardin: “El que estudia el p[a]sado lleva mucho conseguido para entrar en el porvenir” que puso en circulación Andrés Seco en *La Conservación* y en 1933, publicará un folleto titulado *La raza negra en el Uruguay. Novela histórica de su paso por la esclavitud*. En ese ensayo, que hasta donde pude investigar es el primer enfoque de más largo aliento elaborado por un afro–uruguayo, se trazan algunos aspectos centrales del aporte afro a la comunidad nacional. El trabajo de Lino Suárez Peña es de una enorme importancia, no sólo por el prestigio en la propia comunidad letrada negra, sino también por la riqueza de su enfoque basado en la recuperación de una parte de la memoria oral de ancianos afro–montevideanos. Volveré sobre este texto más adelante. Quisiera pasar ahora al discurso de Ildefonso Pereda Valdés.

Del negrismo al ensayo histórico: Pereda Valdés y el aporte “afro” en Uruguay

El discurso poético negrista de Pereda Valdés (compuesto fundamentalmente por *La guitarra de los negros*, 1927 y *Raza Negra*, 1929) tuvo características similares al discurso elaborado por poetas como Vicente Palés Matos en Puerto Rico o Nicolás Guillén en Cuba, aunque menos ambicioso respecto al intento de “reproducir” el habla de los afro–americanos característica de los poetas caribeños. Tal vez por la tibia introducción en Uruguay de los estilemas y el discurso de la vanguardia más radical, o tal vez por el antecedente paródico y denigrante de Francisco Acuña de Figueroa en el “Canto patriótico de los negros”², Pereda Valdés no tomó este aspecto como centro de su discurso desarrollando una línea de literatura de reconexión con África, de exaltación del tambor, del candombe, de algunos personajes y temas históricos así como de condena a la esclavitud y la trata. Estas son, a grandes rasgos, las

² Mi interpretación sobre este poema puede verse en Hugo Achugar (coord.), pp. 222–225.

características del discurso poético de Pereda Valdés. Queda planteada para una futura investigación, una mayor profundidad en el análisis.

Lo que me interesa destacar de la obra de Pereda es el tránsito de esta exploración estética de vanguardia al ensayo histórico. Una de las características visibles de la obra poética negrista de Pereda Valdés es su contacto con la comunidad letrada afro–uruguaya que se explicita en las dedicatorias a diferentes artistas (Julio y Tomás Olivera), su colaboración con la revista *Nuestra Raza* o la publicación de su libro *Raza Negra* en la editorial del periódico negro *La Vanguardia*. De modo que su discurso ensayístico no está despegado de la actividad estético–política de la comunidad afro–montevideana. La figura de Pereda fue reconocida y admirada por la comunidad así como su obra fue de una enorme utilidad. Sin embargo, en otro nivel, este discurso se postula desde una mirada hegemónica, aspecto que desarrollaré más adelante.

Quisiera terminar realizando un breve racconto de sus ensayos sobre lo afro–americano hasta la publicación, en 1941, de *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional*. En este libro convergen en realidad algunos aspectos de dos trabajos anteriores *El negro rioplatense y otros ensayos* de 1937 y *Línea de color* de 1938. En ambos Pereda comienza a construir el universo de temáticas y problemas sobre lo afro que servirán de marco a su presentación del caso uruguayo. En el primero, Pereda explora la representación del negro en la literatura española del Siglo de Oro, comienza a perfilar su interés por la procedencia de los esclavos llegados al país y la influencia de estos grupos en el español americano. Es en el segundo ensayo en el que el autor comienza a dar un marco regional a su mirada sobre el tema, profundizando en el estudio del caso brasileño, norteamericano y cubano. Publica además una aproximación al tráfico en el Río de la Plata y el estudio sobre la cultura del candombe en el siglo XIX.

De este modo se perfila la publicación de uno de sus libros más importante sobre el aporte “afro” en Uruguay, que abarcará los aspectos más variados. Pereda hace un aporte central a la comprensión del sistema esclavista en la Colonia, las leyes que regulan el tráfico y la organización de la vida social del esclavo, sus costumbres culturales y religiosas. De hecho ocupa buena parte de su ensayo a estos aspectos. Sin embargo, también inicia una reflexión sobre el tránsito hacia la vida independiente, los resabios esclavistas, la abolición de la esclavitud y la participación militar en la Guerra Grande. Por último, el autor transcribe una serie de documentos (algunos inéditos) así como de leyes y decretos, continuando con una línea que había iniciado tres años antes y que representó un aporte invaluable a la comprensión del fenómeno.

Claro que hoy son otros los documentos que interesan a los investigadores, son otros los marcos disciplinarios, pero las investigaciones de Pereda Valdés siguen ofreciendo hoy material para la discusión, interpretaciones que no han sido revisadas, presupuestos teóricos e ideológicos que no han sido explicitados ni deconstruidos. El desafío está planteado e implica necesariamente una mirada interdisciplinaria ya que el ensayo de Pereda trabaja en diferentes niveles, tomando los aportes de la historia, la etnografía, el estudio del folklore, la cultura y la literatura.

Miradas cruzadas

La *etnicidad ficticia* es la comunidad instituida por el Estado-nación. Etienne Balibar (1997) afirma que las poblaciones controladas por el Estado-nación se representan a sí mismas tanto en el pasado como en el futuro “*como si* constituyeran una comunidad natural, poseedora en sí misma de una identidad de origen, de cultura, de intereses, que trasciende los individuos y las condiciones sociales” (130-1. Énfasis del autor). ¿Qué significa hablar del “aporte” afro a esta comunidad imaginada que es la nación? ¿En qué consistió y consiste

nuestra mirada sobre el mismo? ¿Cómo se ha construido y negociado esta idea de etnicidad ficticia? Lo cierto es que en Uruguay el proceso de reconocimiento de la minoría afro-uruguaya fue (y es) extremadamente lento, y estuvo siempre acompañado por un discurso propio que lidió con la indiferencia y el menosprecio. La emergencia de los discursos sobre el aporte “afro” entonces está marcada por lo menos por una mirada doble, la de una cultura mayoritaria y otra minoritaria. Voy a ubicarme ahora en este cruce de miradas, y a esbozar algunas similitudes y diferencias entre ellas, a modo de primeras aproximaciones a un tema que ha sido poco explorado, al menos desde el punto de vista académico.

El primer punto de coincidencia entre Lino Suárez Peña e Ildefonso Pereda Valdés es que ambos comparten un mismo marco, el del relato nacional. Ese relato establece tres etapas claramente definidas: Colonia, Emancipación y República. La Colonia es, en este esquema, sinónimo de barbarie, la emancipación una salida luminosa del atraso, y el nacimiento del Estado-nación y el sistema republicano valores que atraviezan la historia hasta el presente que se pretende convalidar. En cualquier variante de este relato, la identidad nacional es fruto de una evolución histórica lineal y predeterminada, que lidió con todo tipo de dificultades hasta que alcanzó su forma más completa en el presente. Sin embargo, creo que no todos contaríamos ese relato de la misma manera, no seleccionaríamos los hechos de igual forma, ni enfatizaríamos los mismos momentos. Es decir, contar la historia nacional implica siempre un punto de vista, un lugar de enunciación dentro de la comunidad nacional. Este es mi punto respecto a los discursos de Pereda Valdés y Suárez Peña.

En el discurso de Pereda Valdés la esclavitud en Uruguay tiene características excepcionales respecto al panorama latinoamericano en el que predomina la explotación masiva del negro (el ingenio, la plantación o el trabajo en las minas). El argumento de Pereda (y de muchos otros autores) se centra en que el esclavo permanece en el ámbito doméstico, en una sociedad colonial recientemente instalada y pobre en comparación con México, Perú o Brasil. Pereda llega así a una conclusión un poco polémica leída desde la actualidad:

En la Banda Oriental, como en otros países de América, el negro ha unido su destino al de sus amos, en el servicio doméstico, en los oficios más diversos, en las faenas del campo y cuando fue necesario utilizarlo, en los ejércitos libertadores (...) La casa del señor esclavista fue modesta y limitada. Las habitaciones de los señores fueron las mismas de los esclavos, dentro del mismo edificio, sin la separación clasista que establece la Casa Grande y senzala. Las casas de campo en donde trabajan esclavos en faenas agrícolas, se componían a lo sumo de un rancharío donde peones y esclavos convivían con el señor feudal, sencillo y franco en su manera de tratar a los subordinados, en un patriarcalismo democrático. No dudamos que en algunas “estancias” visitadas por sus amos acaudalados que vivían en Montevideo, existiera una separación de clases y una disciplina exagerada; pero lo común fue ese democratismo que aun hoy existe entre el peón y el estanciero (63)

En esta última frase Pereda ata su mirada del pasado con una valoración del presente de su enunciación. El problema no está allí, sino en las conclusiones que extrae sobre ese pasado en función de una caracterización “objetiva” de la esclavitud en Uruguay. Es cierto que el régimen esclavista no tuvo las mismas características que en otros países latinoamericanos pero de ello no puede generalizarse una cierta idea de “democratismo” que aparentemente predominaría en las relaciones entre amo y esclavo. Como el Uruguay no hay. En otras versiones historiográficas, y en el propio Pereda Valdés, esta valoración tiene como consecuencia la minimización de la violencia física y simbólica que el amo ejerce sobre el esclavo en la vida cotidiana, y que llevó a muchos incluso a la muerte. En el archivo judicial existen numerosos ejemplos de los malos tratos que recibían constantemente los esclavos no sólo de parte de sus amos, sino también de los militares. El caso más famoso de la brutalidad a que pueden llegar estas relaciones domésticas “democráticas” es el caso, recientemente novelado por Susana Cabrera en *Las esclavas del Rincón* (2001), de Celedonia Wich de Salvañach y las esclavas Mariquita y Encarnación.

La perspectiva de Lino Suárez Peña es diferente, su relato de la trata, el viaje de África al nuevo destino, las condiciones insalubres o la venta pone especial énfasis en la violencia y el sufrimiento. Esta es la mirada de Suárez Peña:

La compañía negrera que más se distinguió por el aporte que ofreció en ese comercio, fue la llamada Filipina Española estableciendo el llamado caserío, lugar donde se encontraba situado el depósito, que era donde se ponían en cuarentena; este se hallaba en las inmediaciones del Arroyo Miguelete y Arroyo Seco, pues debido al maltrato que les daban durante el largo viaje, llegaban casi todos enfermos y extenuados, allí los alimentaban hasta que se ponían en condiciones de poderlos vender, entonces al concurrir los interesados en su demanda, se traían a presencia del comprador, aquel o los que hubiesen llamado la atención del colono, y una vez en su presencia se le hacía pasear y dar vueltas observando minuciosamente los detalles de su constitución física, haciéndole abrir la boca para reparar el vigor de su dentadura, golpeándoles el pecho y la espalda y todas aquellas partes que denunciaran la robustez que ofreciera la prueba de vigor que garantizase una larga resistencia en el trabajo a que debía ser sometido. Todo este tremendo vejamen, sin reparar para nada la tristeza inmensa que amargaba el ánimo de aquel pobre ser, tristeza ocasionada por la separación brutal que le ocasionaran al arrancarlos del seno de sus seres más queridos, a los que no volvería a ver jamás. (9)

La narración de la trata está acompañada de imágenes que demuestran la brutalidad del viaje, el modo en que la “mercancía” era colocada en los barcos o las barras de madera con que eran movilizadas hacia la costa. Si bien el relato no está centrado en la violencia doméstica a la que hacía referencia, lo que constituye un punto interesante a investigar, Suárez Peña reitera en diferentes momentos la imagen del llanto y el sufrimiento de los africanos en la nueva situación en la que se encontraban. Quizá una coincidencia con el punto de vista de Pereda lo constituya su valoración del “respiro” que da el amo al permitir el día domingo para la realización de los candombes, pero la ausencia de una valoración negativa del amo no implica en el relato de Suárez el postulado de una relación democrática entre ambos. Más bien el tono general de su discurso es el del sufrimiento y la violencia a que era sometido el esclavo.

Un elemento más general a destacar es la construcción del relato histórico y los cortes que establecen ambos autores. Suárez comienza así su novela histórica:

La palabra esclavitud es de un significado tan triste, que hasta la pluma se resiste a penetrar en el pasado que guarda la historia de su pasado, historia de la que fue protagonista en su hora de infortunio, y que empieza en el año 1791, esa vida llena de penurias que tanto ha condenado la civilización esa infamia, aplicando contra los culpables de esa injusticia social, los más duros anatemas.

Fecha como puede verse desde la época mencionada hasta el correr de nuestro presente esplendoroso, libre de oprimidos, lleno de libertad y justicia,

donde todos los ciudadanos disfrutaban sin distinción de los mismos privilegios que les acuerda la democracia dentro del orden social. (5)

El relato histórico-literario que realizaba Lino Suárez Peña unos pocos años antes de Pereda, también estaba basado en una valoración positiva del presente de la nación, como lo indica esta última frase. Pero hay otro aspecto que me interesa destacar de este inicio, que es el momento elegido para iniciar el relato –más allá de si es 1791 la fecha correcta–, es decir, el comienzo de la trata y la esclavitud en Montevideo. La opción de iniciar el relato en esa fecha –1791– y centrarlo en el pasado esclavista es una decisión –entre otras cosas– política, y tiene que ver con la necesidad de elaborar un discurso identitario marcado por la experiencia traumática de la esclavitud.

Un recorrido por las fechas que marcan el relato de Suárez Peña, y en las que pone especial énfasis, puede aclarar un poco lo que quiero destacar. En primer lugar la fecha de inicio, 1791; en segundo lugar 1803, momento en el que la población africana representa un tercio de la población total de Montevideo; en tercer lugar, 1842, la fecha de abolición de la esclavitud, en la que el autor critica el lento proceso de transición hacia la libertad. También Suárez Peña hace referencia a las luchas por la emancipación, algunas fechas “fundacionales” como 1811 o 1825, que son lugares comunes del relato nacional, sin embargo, los nudos de su relato no están en esas fechas sino en las mencionadas.

Conclusiones provisionales

Si bien Suárez comparte con Pereda la valoración del pasado esclavista en función de un presente de igualdad, el quiebre es significativo. Ambos textos recurren al ensayo como forma, aunque tal vez en Pereda pueda avizorarse cierta pretensión científica. Sin embargo hay una diferencia de perspectivas respecto al pasado y un ordenamiento de la historia

nacional muy distinto. Mientras Pereda construye un relato lineal Colonia (Esclavitud)/Independencia (Libertad)/República moderna (Integración), Suárez opta por centrar su discurso en la esclavitud, tomando como referencia fechas que delimitan una historia diferente dentro de la comunidad imaginada. Al mismo tiempo Pereda construye el vínculo amo–esclavo basado en el presupuesto de un Uruguay “amortiguador”, “democrático”, que lo llevan a disminuir la violencia implícita en esta relación de dominación. Por contraste, Suárez centra su retórica en los tormentos de la esclavitud y la violencia de la trata, construyendo el punto de vista del esclavo, situándose en el otro extremo de la relación.

En el apartado sobre Pereda Valdés afirmaba su vínculo estrecho con la comunidad afro–uruguaya. Al analizar el desajuste entre perspectivas respecto al aporte “afro” desde la mayoría blanca y desde la minoría negra no estoy planteando un diálogo imposible entre identidades esenciales. Lo que intento hacer es rastrear en el pasado histórico, en este matiz entre dos relatos sobre el aporte de los afro–uruguayos al proyecto nacional, los rasgos de un problema que está presente en el debate político actual. Se trata de lo que Judith Butler denomina “universalidades en competencia”, es decir, la lucha entorno a lo que es “universalmente verdadero para todos los seres humanos”. Según Butler:

(...) si distintos movimientos hablan en nombre de lo que es universalmente verdadero para todos los seres humanos, y no sólo no coinciden respecto de la cuestión normativa sustantiva de lo que es bueno, sino que también entienden su relación con este universal postulado en discursos semánticamente disonantes, *parecería que una tarea para el intelectual contemporáneo consiste en descubrir cómo navegar, con una noción crítica de la traducción en sus manos, entre estos tipos de aspiraciones a la universalización que se hallan en competencia*” (169. Énfasis mío)

Personalmente, creo que lo que está en juego hoy, en emprendimientos como este Seminario sobre cultura afro–rioplatense, no es seguir cruzando miradas, sino buscar los caminos para construir un relato creíble del pasado que nos ayude a navegar en un futuro sin desigualdades

ni prejuicios. La tarea es difícil y no tiene un cierre definitivo, como no lo tienen las identificaciones, por eso estas conclusiones son provisionarias y están a la espera de más diálogos.

Bibliografía citada

- Achugar, Hugo (coord.). *Derechos de memoria. Nación e independencia en América Latina*. Montevideo: FHCE, 2003.
- Balibar, Etienne – Wallerstein, Immanuel, *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*, Paris, La Découverte, 1997.
- Butler, Judith– Ernesto Laclau y Slavoj Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: FCE, 2003 [2000].
- Cordones–Cook, Juanamaría. “Hibridez cultural/africanía religiosa en el Uruguay”, en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, IIII, Julio–Diciembre, 1999 (Número especial dedicado a la *Literatura Afro–hispanica*, dirigido por Dolores Aponte Ramos, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras).
- Pedemonte, J.C. *Hombres con dueño. Crónica de la esclavitud en el Uruguay*. Montevideo: Independencia, 1943.
- Pereda Valdés, Ildefonso. *El negro rioplatense*. Montevideo: Claudio García, 1937.
- . *Línea de color*. Santiago de Chile: Ercilla, 1938.
- . *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional*. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública, 1941.
- Petit Muñoz, E. – Narancio, E.M. – Traibel Nelcis, J.M., *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*. Montevideo: 33, 1947.
- Suárez Peña, Lino. *La raza negra en el Uruguay. Novela histórica de su paso por la esclavitud*. Montevideo: Época Moderna, 1933.